

lantado del Oeste al Este, lord Newcastle, vencedor en el condado de York, habria pasado del Norte al Sud, reuniéndose dos grandes ejércitos realistas junto á la capital. Despues de la toma de Bristol, se apresuró Cárlos á enviar un mensajero á lord Newcastle para la ejecucion de aquel plan. Pero los magnates realistas no eran muy dóciles, habian recibido del monarca una comision y no un poder, y contentos con sostener su causa allí donde tenian influencia, no estaban muy dispuestos á mudar de escena en sus correrías. Newcastle, altivo, magnífico, amigo de la pompa mas no de la fatiga y las contradicciones, y rodeado de una córte liviana y agradable, no quiso hacer un papel oscuro en Oxford, ni confundir su ejército con el del rey para estar á las órdenes de un príncipe tan grosero como era Roberto. Despues de haber escuchado las proposiciones del mensajero Warwick: «Me acuerdo, dijo, de la historia del rebelde irlandés Tyrone hecho prisionero por el virey Mountjoy y presentado á la reina Isabel. Al ver el irlandés en los salones de Whitehall el poco caso que hacian del virey, y que este tenia que esperar como los demás que se presentase la reina, se volvió á uno de sus compatriotas y le dijo:— Me humilla en extremo que me haya hecho prisionero un hombre que me parecia poderoso y al que veo ahora confundido con la muchedumbre aguardando á que pase una mujer.—Por mi parte, no puedo dejar el condado de York hasta que Hull no sea nuestro.»

Warwick transmitió este mensaje al rey, que no se atrevió á quejarse. Algunos le aconsejaban todavía que se dirigiese sobre Lóndres, la reina entre ellos, pero á Cárlos le gustaban muy poco las empresas aventuradas, menos por temor del peligro que por no comprometer su dignidad. Muy presente tenia la campaña del año anterior, en que le fue preciso retroceder. Muchos oficiales opinaban por el sitio de Gloucester, unos desinteresadamente, y otros con la esperanza de un rico botin; el coronel Legg se vanagloriaba de tener relaciones que les serian muy útiles con el gobernador de la plaza. El rey se decidió por fin, y el 10 de agosto, su ejército, mandado por él mismo, ocupó las colinas que dominan la poblacion, defendida solamente por 1,500 hombres y sus habitantes. Al punto intimó la rendicion, dando dos horas para responder. Antes de que hubiesen trascurrido se presentaron dos diputados de Gloucester, flacos, pálidos, rasados los cabellos y vestidos de negro: «Llevamos, dijeron, una respuesta de la piadosa ciudad de Gloucester.» Fueron conducidos delante de S. M. y la leyeron: «Nosotros, habitantes, magistrados, oficiales y soldados de Gloucester, damos al mensaje de V. M. la respetuosa

y humilde respuesta de que con juramento guardamos la plaza para el servicio de V. M. y de su real posteridad, que nos creemos obligados á obedecer las órdenes de V. M. trasmitidas por medio de las dos cámaras, y que en consecuencia con la ayuda de Dios la defenderemos con todo nuestro poder.» A este mensaje tan breve y claro como leído con firme tono; al extraño aspecto y frio ademan de los dos diputados, que inmóviles delante del rey aguardaban su respuesta, por poco no estalla entre los presentes un movimiento de sorpresa, de indignacion y de desprecio; pero Cárlos, grave como sus enemigos, los reprimió, y despidió á los diputados con solo estas palabras: «en vano esperais socorro; Waller está destruido y Essex no puede venir.» Apenas hubieron entrado en la plaza, cuando incendiaron todos los arrabales, para que nada les quedase que defender fuera de las murallas.

Durante veinte y seis dias inutilizaron con su valor los esfuerzos de los sitiadores; fuera de unos 150 hombres de reserva, la guarnicion entera estaba sobre las armas; en los trabajos asi como en los peligros, los ciudadanos se unian á los soldados, las mujeres á los maridos, y los hijos á sus madres. Hicieron muchas salidas, y solo tres hombres desertaron. Cansado el ejército real de tanto esperar sin gloria, se vengaba devastando los alrededores: los oficiales empleaban muchas veces á sus soldados en robar á algun rico de los alrededores, que solo recobraba su libertad por medio de un rescate. La indisciplina era cada dia mayor á par que el odio de los pueblos cercanos. Se hubiera podido probar un asalto; pero era tan reciente y habia costado tan caro el de Bristol, que nadie osaba proponerlo. Ya el rey esperaba solo poder reducir á los sitiados por hambre cuando supo con admiracion que se acereaba Essex. En vano el príncipe Roberto quiso detenerlo con un cuerpo de caballería; el conde seguia avanzando siempre. Distaba ya solo algunas millas del campo, y la caballería del rey se habia replegado sobre las avanzadas de su infantería, cuando Cárlos, con la esperanza de detener al conde, si quiera un dia, le envió un mensaje de paz: «El parlamento, respondió Essex, no me envia para tratar, sino para salvar á Gloucester; esto es lo que me propongo alcanzar ó perder la vida.—¡Fuera proposiciones!» exclamaron sus soldados al saber que habia llegado un mensajero enemigo. Essex continuó su marcha, y al dia siguiente, 5 de setiembre, al asomar sobre unas colinas distantes dos leguas de Gloucester, al ver arder los reales de Cárlos conoció que habia levantado el sitio.

Apresuróse á entrar en la plaza llevando toda suerte de víveres; lle-

nó de alabanzas al gobernador y á sus soldados; felicitó á los ciudadanos por su valor, que habia salvado al parlamento dándole tiempo para acudir á su socorro; recibió en cambio mil aclamaciones, y al cabo de dos dias se volvió para Lóndres, gozoso por restituir intacto á las cámaras el único ejército que pudiese protegerlas.

Todo parecia prometerle una retirada tan feliz como su expedicion; Cirencester, con sus abundantes almacenes de víveres, habia caido en su poder; su caballería en fin habia sostenido en algunas refriegas el choque tan temido de los ginetes del príncipe Roberto. Pero, el 19 de setiembre, al acercarse á Newbury, vió que los enemigos se habian adelantado, que ocupaban la ciudad y las alturas de los alrededores, que le habia cerrado el camino de Lóndres, y que por lo tanto solo una batalla podia abrirse de nuevo. El rey mismo estaba á la cabeza de su ejército, en una posicion ventajosa, desde donde podia recibir de las guarniciones de Oxford y Wallingford cuantos socorros necesitase. El pais, poco adicto á los parlamentarios, ocultaba con cuidado sus víveres. Era preciso dar una batalla, ya para abrirse paso, ya para no morir de hambre.

No titubeó Essex, antes al amanecer del dia siguiente pasó él mismo á vanguardia, y desalojó á los regimientos enemigos que ocupaban la principal colina. Empeñada sucesivamente la batalla por todos los cuerpos y en todas las posiciones, duró hasta la noche, tan bizarramente sostenida, que ambos ejércitos ponian su gloria en alabar á sus enemigos. Pretendian con ello, los realistas reparar un reves que habia suspendido el curso de sus triunfos, y los parlamentarios sacar todo el fruto de un triunfo que ponía término á tantos reveses. Las milicias de Lóndres sobre todo hicieron prodigios. Dos veces, despues de haber roto á la caballería enemiga, cargó sobre ellos el príncipe Roberto sin que vacilasen sus filas erizadas de picas. Los oficiales generales Essex, Skippon, Stapleton y Merrick se aventuraban como simples soldados, mientras los criados y trabajadores que seguian el ejército combatian como valientes oficiales. Llegada la noche, permanecieron todos en sus posiciones. Essex habia ganado terreno; sin embargo, los realistas le cerraban todavía el paso, y era por lo tanto preciso renovar el combate: así lo creía Essex cuando al dia siguiente con admiracion vió á los primeros albores del dia en retirada al enemigo, dejándole libre el paso. Aprovechando la coyuntura, continuó su marcha sin otro obstáculo que algunas vanas cargas de la caballería del príncipe Roberto, y á los dos dias pasó con su ejército la noche en Reading, libre de todo peligro.

Lo vivo de la accion habia desanimado á los realistas no menos valientes, pero menos obstinados que sus adversarios, y mas dispuestos al envanecimiento y á la desesperacion. Su pérdida además habia sido grande y sensible: veinte oficiales de nota habian perecido, entre ellos hombres tan ilustres por su mérito como por su rango; lord Sunderland, querido por sus opiniones de todos los buenos protestantes de su partido y de todos los hombres ilustrados; lord Caernarvon, escelente oficial, muy estimado del rey por su rigidez en punto á disciplina, amado de los soldados por su justicia, y observador tan escrupuloso de su palabra, que nada pudo detenerle en el ejército del Oeste cuando el príncipe Mauricio que le mandaba hubo violado las capitulaciones concluidas con las ciudades de Weimouth y de Dorchester; lord Falkland, en fin, honor del partido realista, siempre patriota si bien que proscrito en Lóndres, siempre respetado del pueblo si bien que ministro en Oxford habian terminado gloriosamente su carrera. Nada le obligaba á Falkland á acudir al campo de batalla, y mas de una vez le echaron en cara sus amigos su inútil temeridad: «Mi empleo, respondia sonriéndose, no puede hacerme perder los privilegios de la edad; á mas de que un secretario de Estado de la Guerra debe saber cuales son los mayores riesgos de esta.»

Hacia algunos meses que los buscaba con ardor; la vista de los padecimientos del pueblo, los males mayores que preveía, el desvanecimiento de sus esperanzas, y la constante lucha de su alma en medio de un partido cuyos triunfos y reveses temía á la vez, todo le habia abismado en la mas amarga tristeza; se habia agriado su humor; su imaginacion, naturalmente brillante y viva, se habia vuelto sombría y meditabunda; le gustaba la elegancia en el trage, y ahora la descuidaba; ninguna conversacion ni tarea le gustaba; muchas veces, sentado entre sus amigos y sosteniéndose con ambas manos la cabeza, solo salia de un profundo silencio esclamando dolorosamente: *la paz! la paz!* y solo podia reanimarle la esperanza de alguna negociacion. El dia de la batalla, los que le rodeaban se admiraron de verle mas alegre: nunca habia empleado mas esmero en su trage: «Si me matan hoy, dijo, quiero que encuentren mi cuerpo elegante.» Al oír que sus amigos le pedian con ahinco que se quedase, volvió su rostro á cubrirse de tristeza: «No, dijo, hace tiempo que estas disensiones me traspasan el corazón: al anochecer habré probablemente mudado de situacion;» y pasó como voluntario al regimiento de lord Byron. No bien se hubo empeñado la accion, cuando una bala le traspasó el bajo vientre; cayó de caballo y murió sin que na-

die hubiese notado su caída y como víctima de una época sobrado pervertida para su virtud tierna y pura. Solo á la mañana siguiente se encontró su cuerpo; sus amigos, Hyde sobre todo, estuvieron inconsolables; los cortesanos supieron sin conmoción la muerte de un hombre con quien no congeniaban, y Carlos dió vulgares muestras de pesar, y estuvo más á su placer en el consejo.

Apenas hubo Essex llegado á Reading, cuando una diputación de las dos cámaras vino á manifestarle su reconocimiento, á proveer á las necesidades del ejército, y á consultar su opinión. No solo estaba salvado el parlamento, sino que podía en adelante verse libre de tales riesgos, pues había logrado ventajas por las armas y por medio de las negociaciones. Mientras Essex hacía levantar el sitio de Gloucester, Vane, llegado por fin á Edimburgo, concluía con los escoceses una estrecha alianza. Bajo el nombre de *liga y pacto solemne*, votaron en un día la convención de los estados y la asamblea general de la iglesia de Escocia un tratado político y religioso, por el que se confederaban para la defensa de una misma causa las fuerzas unidas de los dos reinos. Al día siguiente partieron dos comisionados escoceses para Londres, donde las dos cámaras lo sancionaron igualmente, después de haber consultado á la asamblea de teólogos.

Ocho días después, en la iglesia de santa Margarita de Westminster, de pie todos los miembros del parlamento, con la cabeza descubierta y la mano levantada al cielo, juraron su adhesión, primero de viva voz y en seguida por escrito. El pacto fue recibido en la capital con el mayor entusiasmo: prometía la reforma de la Iglesia y el pronto socorro de 21,000 escoceses. Con esto el pueblo presbiteriano veía á la vez desvanecidos sus temores y logrado sus deseos. Al otro día hizo Essex su entrada en Londres; la cámara baja, en pos de su presidente, pasó á cumplimentarle á Essex-House; el lord corregidor y otro magistrado, vestidos de púrpura, fueron á dar gracias al libertador y protector de su vida, de su fortuna, de sus mujeres y de sus hijos. Se espusieron al público los estandartes cogidos en Newbury al ejército real; se notaba uno sobre todo que representaba la fachada exterior de la cámara de los representantes del pueblo con las cabezas de dos criminales en su parte superior, y debajo esta inscripción: *Ut extra, sic intra*.

Agolpábase el pueblo al rededor de estos trofeos; los milicianos que habían formado parte de la expedición contaban sus detalles; en las conversaciones domésticas, en el púlpito, entre los grupos formados por las

calles, se proclamaba ó se obedecía á Essex. Este y sus amigos resolvieron aprovechar semejante triunfo. Pasó el general á la cámara alta, ofreció su dimisión, y pidió que le fuese permitido retirarse al continente: añadió que ningún peligro público le impelia ya á quedarse; que el mando le había acarreado amargos disgustos, que dentro de poco volverían porque sir William Waller, conservaba siempre una comisión independiente de la suya, y mientras el título de general en jefe hacía pesar sobre él toda responsabilidad, otro podía desobedecerle; y que en fin hacía tiempo que conocía el tormento de tal situación, y ya no podía permanecer en ella. Al oír esta declaración, sorprendidos los lores ó fingiendo estarlo, votaron que pedirían una conferencia á los diputados del pueblo; pero al propio tiempo llegó un mensaje de estos que hacía inútil la conferencia. Informados de todo, se apresuraban á participar á los lores que Waller ofrecía renunciar su comisión y recibir en adelante instrucciones del general en jefe y no del parlamento mismo; solicitaba además la formación de una junta que terminase instantáneamente y á satisfacción del conde tan desagradable incidente. Acto continuo se nombró la junta, y esta arregló el negocio durante la sesión. Waller y sus amigos se sometieron sin murmurar; Essex y los suyos triunfaron sin ostentación, y parecía que se reconciliaban dos partidos precisamente cuando se preparaban para nuevos combates.